

Cultura, desarrollo y cooperación. Los reordenamientos de la agenda cultural.

GERMÁN REY¹

Director de la investigación de Economía y Cultura del Convenio Andrés Bello

RESUMEN

En América Latina desarrollo y cultura, desde sus propias crisis conceptuales, han encontrado territorios en los que compartir y consolidar experiencias abiertas al futuro. Es una densa trama de relaciones entre las que se pueden señalar la comunicación para el desarrollo; la conexión entre industrias culturales y desarrollo; las manifestaciones culturales de movimientos sociales y ciudadanos; el papel creciente de las mediaciones tecnológicas y, finalmente, la unión de las culturas juveniles emergentes y los procesos educativos con el desarrollo.

Palabras clave: Comunicación, conexión, manifestaciones culturales, mediaciones tecnológicas.

No han sido fáciles las relaciones entre cultura y desarrollo. Basta recorrer el espinoso camino de su representación en algunos documentos de organismos internacionales, para percibir las vicisitudes de una asociación complicada por las incomprensiones y las distorsiones... Hacia la mitad del siglo pasado, la cultura se llegó a ver como un bloqueo al desarrollo. Las diferencias y las particularidades culturales parecían atravesarse en el camino de la modernización, del acercamiento de los países de la periferia a los modelos centrales y de las idealizaciones que en ese momento se tenían del progreso. Era

explicable, que ante una idea del desarrollo afianzada en unos parámetros generales que se debían alcanzar a través del crecimiento económico, los procesos y manifestaciones de la cultura fueran vistos como peligrosamente idiosincrásicos. Los rituales y los modos de vida, las jerarquías axiológicas y las formas de relación en las sociedades que en ese entonces se calificaban como «subdesarrolladas», se consideraban fuertemente tradicionales y férreamente opuestas a las innovaciones y los cambios. Tímidamente, la cultura se fue aceptando como un factor o como una variable de los procesos de desa-

rollo, no sólo por la evolución conceptual del tema, sino, sobre todo, por los problemas que los gestores públicos y privados del desarrollo empezaron a encontrar en el terreno práctico. Tanto el pensamiento social como las propias realidades, desplazaron su mirada hacia la necesidad de subrayar la participación de las comunidades, las políticas de inclusión, los contextos locales y los procesos de apropiación social. El desarrollo ya no podría ser un asunto vertical y ejecutado desde arriba, sino producto de negociaciones sociales llevadas a cabo desde las comunidades, desde lo que Arturo Escobar llama «las modernidades alternativas». Los grupos humanos ya no eran objetos, sino sujetos, actores del desarrollo, una idea que ya forma parte del diccionario de los lugares comunes, pero que para entonces era extraña e incomprensible.

Sólo hasta hace unas décadas, los vínculos entre cultura y desarrollo se estrecharon aún más, hasta llegar a entender que entre las dos realidades humanas había unas interacciones imprescindibles. En el informe de Desarrollo Humano de Chile del 2002 se dice que «la cultura es pues la práctica y el imaginario de la vida en común»² en una definición que trasciende amplia y positivamente las visiones que la habían replegado a las bellas artes, el folclore o las humanidades y abriéndola también al «conjunto de las otras expresiones mediante las cuales una sociedad moldea y reflexiona su convivencia».

Unos años más tarde, en el informe de Desarrollo Humano del PNUD (2004) «La libertad cultural en el mundo diverso de hoy»,

se lee que «La libertad cultural constituye una parte fundamental del desarrollo humano puesto que, para vivir una vida plena, es importante poder elegir la identidad propia —lo que uno es— sin perder el respeto por los demás o verse excluido de otras alternativas»³. Durante varias páginas, el informe se dedica a demostrar la falsedad de algunos mitos que presiden, como un tabú, algunas de las comprensiones, o mejor de las incomprensiones, sobre las relaciones entre cultura y desarrollo: «Las políticas que reconocen las identidades culturales y favorecen la identidad no originan fragmentación, conflictos, prácticas autoritarias ni reducen el ritmo del desarrollo»⁴.

«No existe una disyuntiva entre el reconocimiento de la diversidad y la unificación del estado», tal como muestran las sociedades que se han esforzado por acoger diversas culturas, respetando su identidad y la confianza en las instituciones del Estado. Pero además, tampoco hay una disyuntiva entre respetar la diversidad y mantener la paz, o entre promover la diversidad cultural y otras prioridades del desarrollo humano.

REDISEÑOS DE LA CULTURA Y MALESTAR DEL DESARROLLO

El título de la famosa obra de Freud sirve para hacer un giro plausible: hoy existe un marcado escepticismo sobre las construcciones —teóricas y aplicadas— del desarrollo. Hay, en efecto, un malestar del desarrollo. Y junto a este escepticismo militante se viven impresionantes rediseños de las culturas, que también provocan sus propios escozores y críticas.

La pareja se ha tornado particularmente sensible. En ella se replican algunos de los debates más agitados y comprometedores. En la cultura se amplían los límites, se mezclan sus fronteras y se expanden sus territorios. A la par de la existencia de culturas globales, se aprecian los avances de las nuevas tecnologías y junto a las fusiones entre expresiones artísticas diversas se resalta el auge de las culturas masivas. Más que en los centros, la cultura se mueve en los márgenes (Michel de Certeau).

En el desarrollo, la desazón es aún mayor. Los modelos transferibles han hecho agua y los mundos de Jauja, prometidos si se cumplían las metas trazadas por las entidades internacionales, no han aparecido. «El nuevo evangelio» del que habla irónicamente Gilbert Rist, no trajo buenas nuevas, entre otras cosas, porque como escribe Gustavo Lins Ribeiro, el desarrollo es la expansión económica adorándose a sí misma».

Las desigualdades se han acentuado, la deuda ha crecido y algunos países como los que la CEPAL denomina «países pobres muy endeudados» registran crecimientos per capita negativos, problemas de sostenibilidad fiscal, dependencia fuerte del crédito externo y altísimos niveles de pobreza. Las remesas económicas de los emigrantes latinoamericanos, muchos de los cuales han salido de sus países precisamente por la falta de oportunidades y las desesperanzas del desarrollo aplazado, superan el total del monto de ayuda para el desarrollo recibido por la región.⁵

Es obvio que el panorama no es completamente oscuro. Ha crecido la inversión social,

se tienden a afianzar los sistemas democráticos donde hasta hace unos años imperaban los regímenes dictatoriales, en algunos países desciende el número de pobres y las sociedades se secularizan.

Sin embargo, como señala Arturo Escobar, hay una crítica a la reproducción en África, Asia y América Latina de las condiciones que se suponía caracterizaban a las naciones económicamente más avanzadas del mundo, es decir, la industrialización, las altas tasas de urbanización y educación, la tecnificación de la agricultura y la adopción de los principios y valores de la modernidad, «incluyendo formas concretas de orden, de racionalidad y de actitud individual».

El investigador colombiano, que ha mostrado hasta que punto existe una construcción social del Tercer Mundo, escribe que el desarrollo es un discurso producido socialmente, que contiene una imaginación geopolítica y es construido como una invención históricamente singular.

Lins Ribeiro confirma que «necesitamos conocer el sistema de creencias que subyace bajo esa devoción (el desarrollo), así como las características del campo de poder que la sustenta».⁶

La noción de desarrollo tiene además un sentido paradójico: mientras exige ser desconstruida para revelar los valores que propone y los imaginarios que construye, es también un concepto que en los debates culturales, facilita (con las debidas precauciones) la referencia a temas como la participación y la cohesión social, el fortalecimiento

to de la institucionalidad democrática o la afirmación de la ciudadanía.

Entretanto, la cultura vive un reordenamiento en profundidad, tanto en sus conceptos (lo que se entiende por cultura) como en sus figuraciones prácticas (en lo que se expresa la cultura). Como lo han señalado diferentes autores, hemos pasado de una comprensión de la cultura como bellas artes o folclore a interacciones muy dinámicas entre cultura culta, culturas populares y culturas masivas (Néstor García Canclini), de la noción más romántica de cultura como cultivo del espíritu a la más moderna de imaginación de la convivencia, de la concepción de la cultura como texto que reúne religiones, conocimientos, estéticas, sensibilidades, a la cultura como vocabulario para leer esos textos, como redes de significados y documento público que merece ser descifrado (Clifford Geerts).

Pero en las figuraciones prácticas se ha producido un verdadero cataclismo cultural. La lectura, por ejemplo, se descentra de sus relaciones con el proyecto ilustrado, mientras que la escuela necesita unir la escritura con el lenguaje audiovisual y los procedimientos virtuales para reorganizar su significado educativo. El cine y las músicas no sólo se incorporan a los nuevos soportes digitales, sino que se inscriben dentro de procesos de producción y distribución cada vez más sofisticados y el patrimonio muchas veces se asocia con circuitos del turismo que generan utilidades económicas y transformaciones simbólicas de la apropiación.

Hibridaciones, diálogos interculturales, diásporas, ciudadanía multiculturales, con-

tenidos globales, son conceptos que nombran procesos que a su vez forman parte de la vida cotidiana de la gente de nuestros días.

No ha sido habitual en las discusiones políticas sobre el desarrollo, la presencia de la cultura. Desde la perspectiva meramente económica, la cultura suele ser vista como gasto más que como inversión. El argumento que esgrimen los planificadores económicos es que los presupuestos en cultura en países pobres están en desventaja frente a otras inversiones como las que se hacen en salud o en educación. En sus palabras, es muy difícil sostener una inversión en museos o en bandas de música, frente a las que se requieren urgentemente en hospitales, vías o escuelas.

Estos argumentos se concretan en la fragilidad de la presencia de la cultura en los planes nacionales de desarrollo, en las bajas asignaciones estatales para la cultura y en los tropiezos de la institucionalidad cultural que demuestran la poca prioridad que tiene la cultura en términos políticos y sociales. Mientras ningún político en campaña dudaría en proponer una presencia activa en la salud o en la seguridad ciudadana («seguridad», las dos, al fin de cuentas), son muy pocos los que le dan importancia a la cultura. Cuando más hacen propuestas instrumentales o discursos nacionalistas.

Lo falaz de esta argumentación está precisamente en su contraposición y en la comprensión de la cultura como algo ya dado (innato) a las personas o a las sociedades o simplemente como un lujo que obviamente no forma parte de las prioridades de una sociedad.

Incluso aún se debate en los ámbitos culturales la pertinencia de la asociación entre economía y cultura, que podría llevar, según algunos, a una valoración de lo cultural por sus vinculaciones con el producto interno bruto, las exportaciones, la rentabilidad o la generación de empleo y a un olvido de todas esas otras manifestaciones culturales que no tienen repercusiones económicas inmediatas, aunque sí mediatas e indirectas y que además suelen tener un alto valor social porque generan identidad, sentido de pertenencia, participación de la comunidad.

La verdad es que los estudios de economía y cultura y los diagnósticos sectoriales y nacionales de industrias culturales, han mostrado otras posibilidades que no estaban en el inventario cognitivo de políticos, técnicos, empresarios y autoridades gubernamentales y sobre todo han influido en otra valoración de la cultura, a la hora de las decisiones económicas y sociales.

En términos coloquiales se dice que este tipo de estudios han permitido otra clase de interlocución entre los ministros de economía y los ministros de cultura.

Pero la interlocución se debe ampliar a organizaciones de la sociedad civil, creadores, gremios, sectores sociales, movimientos sociales. Sería una salida economicista restringir la relación entre economía y cultura al campo de su validación en tanto actividad rentable, sin relacionarla con lo que como actividad productiva (económica y simbólica) tiene de influencia en la vida de una sociedad.

Con razón se habla de una economía de la cultura y de una cultura de la economía. La propia actividad económica posee unos contextos y significados simbólicos que trascienden su función utilitaria.

EL DESARROLLO DESDE LA CULTURA EN AMÉRICA LATINA

Cuando se extiende la mirada sobre el tejido simbólico de América Latina, se encuentra, a lo largo y ancho de su territorio geográfico, una inmensa cantidad de experiencias en las que la cultura se articula con procesos sociales. Ahí están cientos de radios comunitarias gestionadas por comunidades indígenas o afrodescendientes, campesinos y pobladores de zonas marginales que cuentan a diario los problemas más sentidos de sus comunidades, que hacen propias las demandas de quienes suelen ser invisibles, a través de una comunicación más auténtica. Las experiencias de danza, como las del Colegio del Cuerpo de Cartagena de Indias o la escuela de Danza de Fortaleza en Brasil que promueven el sentido de pertenencia y la expresión de niños y jóvenes de sectores populares y que son un poderoso instrumento de formación; los innumerables grupos musicales que recrean una identidad que es viva y móvil y que experimentan con sonidos, ritmos e instrumentos tradicionales o que renuevan las músicas que circulan por circuitos globales promoviendo mezclas y fusiones.

Grupos de teatro, artistas plásticos, diseñadores de multimedia, forman parte de este tejido también construido por una red de industrias culturales que son y han sido claves en la vida de los países. En «Consumidores y ciu-

dadanos», Néstor García Canclini recuerda la importancia que tuvo el cine mexicano en la conformación de la identidad mexicana.

El tejido tiene unas líneas que componen su trama y desde las cuales se pueden percibir más claramente las relaciones entre cultura y desarrollo. Una primera es la de la **comunicación para el desarrollo**. Los medios ocupan el primer lugar de las preferencias en el consumo cultural de los latinoamericanos y muchas expresiones de la cultura pasan por ellos dando lugar a la «mediatización de la cultura». La información se ha tornado central para la toma de decisiones, el acceso a conocimientos y la circulación de estéticas diversas; pero también para acompañar programas de salud, procesos de alfabetización o convocatorias públicas. Por la televisión latinoamericana transita la telenovela, el producto cultural masivo por excelencia, conectado con la generación de imágenes y estereotipos sociales, sentidos de la movilidad social y promoción de actitudes socialmente relevantes. La radio es el principal medio de escucha de música, pero también un poderoso vehículo de interculturalidad y de revelación de las regiones. El humor, por ejemplo, logra lo que muchos propósitos didácticos no alcanzan.

El conocimiento y debate de los temas públicos en los medios, la construcción de agendas en que los problemas sociales encuentren su verdadera relevancia y la composición plural de las voces de sus actores, la rendición de cuentas que ejerza una mirada crítica sobre las decisiones del estado, son todos aportes que pueden hacer los medios a un desarrollo inclusivo y participativo.

En la declaración del primer Congreso mundial de Comunicación para el desarrollo realizada a fines del 2006 en Roma se dice que «la comunicación es esencial para el desarrollo humano, social y económico. El núcleo de la comunicación para el desarrollo es la participación y la apropiación de las comunidades y los individuos más afectados por la pobreza y problemas de desarrollo».

«La comunicación —escribe Rosa María Alfaro— le da espacio de expresión y procesamiento a las dudas, temores, confrontaciones, desacuerdos, conflictos simples y complejos. Posibilita que las expectativas y las resistencias se manifiesten. Permite ver la subjetividad, entenderla y colocarla como capital positivo o como riesgo en la implementación del desarrollo»⁷.

Además de las radios y televisiones comunitarias, la comunicación para el desarrollo se concreta en campañas participativas sobre problemas sociales con efectos políticos, experiencias de entretenimiento y educación, procesos de deliberación participativa, observatorios de medios y veedurías ciudadanas.

Una segunda línea es la de las relaciones entre **industrias culturales y desarrollo**. Ya son muchos los estudios que muestran el impacto que tienen las industrias creativas en el producto interno de los países. En América latina ha sido calculado entre el 2% y el 4%, lo que significa que tienen un peso significativo y en algunos casos, creciente, en las realidades financieras de la región⁸. Según la UNESCO, se estima que las industrias culturales conforman cerca del 7% del producto interno bruto mundial y que la cuantía de sus im-

portaciones y exportaciones prácticamente se duplicó entre los años 1994 y 2002 al pasar de 39.9 a 59.2 billones de dólares.⁹

El fortalecimiento de la economía de la cultura significa generación de empleo y salidas efectivas para los emprendimientos pequeños y medianos que se incorporan a momentos de las cadenas productivas. También articulaciones con las transformaciones tecnológicas que facilitan desde convergencias de medios y lenguajes, hasta usos y apropiaciones que eran impensables hace apenas unos años. Las industrias culturales latinoamericanas, aunque muy dependientes de la gran producción norteamericana y las corporaciones transnacionales, presenta avances locales destacados: el cine se despierta de sus letargos en la Argentina, México, Brasil y Colombia, conquistando mercados y ganando distinciones por su calidad. Las nominaciones al oscar de 2007 de directores, libretistas, actrices y películas mexicanas son todo un ejemplo. La televisión del continente cuenta con grupos empresariales de nivel mundial, pero sobre todo con producciones que circulan internamente y se ubican en las parrillas de programación, tanto de los canales latinos como en las grandes cadenas estadounidenses. El caso de la telenovela colombiana «Betty, la fea», ganadora de los Globos de Oro (2007) en su versión estadounidense, es significativo.

Entre el 2001 y el 2005 el registro de novedades bibliográficas y reediciones aumentó en América Latina de 64.640 a 84.538 títulos, es decir un 31,5% y la suma de las exportaciones iberoamericanas de libros en el 2004 (en que España y sobre todo sus grandes empre-

sas editoriales, tiene un gran liderazgo) ascendieron a 1232 millones de dólares.¹⁰

La industria fonográfica, a pesar de los estragos de la piratería y de la concentración de la producción, es un sector muy dinámico: hay una gran diversidad de grupos, intérpretes y compositores que han logrado posicionarse en el mercado internacional, un repertorio en que las músicas locales superan a las globales, una gran heterogeneidad de géneros y una cantidad de creadores que generan circuitos, globales y locales, por los que circulan sus producciones.

Una tercera línea es la que une diversas manifestaciones de la cultura con la acción de **movimientos sociales y ciudadanos**. La cultura suele ser centro de muchas de las luchas y las resistencias de pobladores pobres, campesinos, indígenas o mujeres latinoamericanas que reclaman el derecho a su propia memoria y a la construcción de sus propias identidades y reconocimientos.

Una cuarta línea de las relaciones entre cultura y desarrollo es la del papel creciente de las **mediaciones tecnológicas**. Sometidos a una brecha digital honda y excluyente crecen sin embargo las apropiaciones creativas de las nuevas tecnologías a través de programas sociales de acceso a internet, grupos de creación de artefactos multimediales vinculados con procesos sociales, redes interactivas de organizaciones sociales, gobiernos en línea, etc.

Una quinta línea une las **culturas juveniles emergentes, con los procesos educativos** y el desarrollo. La educación es sin duda una

institución cultural y un foro de creación y recreación cultural (Jerome Bruner) que está cada vez más interpelada por la evolución de los lenguajes y la modificación de las sensibilidades.

LOS RUMBOS DE LA COOPERACIÓN CULTURAL PARA EL DESARROLLO

Los debates conceptuales que en estos años han rodeado a las relaciones entre cultura y desarrollo, se ven reflejados en la caracterización de la cooperación cultural, que a su vez está cambiando su perfil, como se percibe, por ejemplo, en la Declaración de la reunión sobre la eficacia de la ayuda para el desarrollo, celebrada en París, del 28 de febrero al 2 de marzo y en la que se insiste en conceptos como la apropiación, la alineación, la armonización y la mutua responsabilidad de la cooperación.

En cuanto a la eficacia de la ayuda para el desarrollo hay que reforzar la creación, ejecución y evaluación de **políticas públicas de cultura** que tengan peso dentro de las estrategias nacionales de desarrollo de los países socios. Es decir, hay que alinear desarrollo y cultura. Es cierto que en los últimos años se ha hecho un esfuerzo, cada vez más consistente, por construir políticas culturales y por observar los efectos que estas tienen en materia de resultados e impactos. Sin embargo, aún esas políticas no contemplan de forma más precisa, las relaciones de la cultura con el desarrollo, abrumadas por otros temas como el patrimonio, los fondos de becas y subsidios, la promoción de las artes o los procesos de descentralización. Las políticas públicas de cultura y desarrollo sue-

len ser políticas intersectoriales que obviamente no se agotan en los Ministerios y Consejos de Cultura, sino que tienen que ver con la institucionalidad cultural, las instancias encargadas de las comunicaciones, la salud y por supuesto, la economía.

El fortalecimiento de la institucionalidad cultural de los países es un prerequisite para acertar en las estrategias de cultura y desarrollo apoyadas por la cooperación.

Es preciso reforzar la **mutua responsabilidad**, de donantes y socios, en la cooperación cultural. En los donantes, a los que llama Lins Ribeiro, «outsiders», es preciso encontrar simetrías, o lo que el mismo autor denomina «abordaje de abajo-para-arriba», donde las apropiaciones de los proyectos las hacen los actores locales. «Solamente cambiando las características de la distribución de poder dentro de ese campo es que la cooperación técnica y el desarrollo de hecho cambiarán... En consecuencia las redes precisan ser composiciones democráticas de instituciones y actores con la capacidad real de decidir e intervenir, principalmente si el resultado de estos procesos de toma de decisiones no agrada a los intereses más poderosos involucrados en un proyecto específico»¹¹. También es necesario que los países socios avancen en algunos procesos que son claves, como la mencionada definición de políticas culturales participativas, la sistematización adecuada y eficiente de la información cultural, el seguimiento de los programas, la búsqueda de equidad cultural (más allá del acceso), la evaluación de los resultados logrados, entre otras cuestiones.

Sería completamente incoherente pensar en estrategias de cooperación sobre cultura y desarrollo que no tengan en cuenta la **participación activa de los diferentes actores culturales**. «Esferas públicas de discusión y decisión de la cuestión del desarrollo deberían ser promovidas y multiplicadas, tornándolas más inclusivas. La difusión de una pedagogía democrática debería atravesar todo el campo del desarrollo y sus redes, desde administradores y funcionarios estatales de alto nivel hasta líderes de base. El proceso asociativo típico del campo del desarrollo debería ser abierto a los participantes para igualar el poder de actores operando en todos los niveles de la integración»¹². En América latina hay precedentes muy interesantes de consulta cultural como los cabildos culturales de Chile, la participación ciudadana en la construcción del Plan decenal de cultura en Colombia o del Plan de cultura de El Salvador. La cooperación cultural se afianza en la **apropiación social** de la cultura en el desarrollo.

La eliminación de la duplicación de esfuerzos y la racionalización de las actividades de los donantes en el campo cultural, es otro elemento importante de la cooperación. Con relativa frecuencia se encuentran proyectos muy semejantes, auspiciados por entidades nacionales u organismos internacionales, que repiten actividades o desconocen avances acumulados. La **armonización de los proyectos culturales** de los donantes es una tarea que redundará en una cooperación mucho más eficiente.

La revisión del camino transitado es aún mas necesario en estos campos nuevos de la cooperación, cuya legitimidad solo se logrará con revisiones periódicas del progreso, constatado en la puesta en marcha de las acciones culturales para el desarrollo. Trabajar en la elaboración y aplicación de **indicadores de gestión, de resultados y de impacto** de los proyectos es fundamental.

NOTAS

1. Director programático del Proyecto de Cultura y Desarrollo (CAB-AECI). Formó parte del Consejo de Ciencias Sociales del Sistema Nacional de Ciencia de Colombia. Profesor de la Universidad Javeriana (Bogotá).

2. «Nosotros los chilenos: un desafío cultural», Santiago de Chile, PNUD, 2002.

3. Informe de Desarrollo Humano, 2004, PNUD, p. 1.

4. Informe de Desarrollo Humano, 2004, PNUD, p. 2.

5. He utilizado el concepto de «remesas simbólicas» para referirme a los intercambios culturales que producen los emigrantes, ya sea por los valores, simbologías, modos de vivir, estéticas y sensibilidades que aportan a los países de recepción, como por los

que reciben de ellos y ponen en contacto con sus comunidades de origen. Pero el concepto se extiende además al sentido cultural del intercambio económico, por ejemplo, a los usos simbólicos de los dineros enviados como remesas por los emigrantes latinoamericanos o el sentido de «distinción» (Bordieu) que acompaña al ganar en dólares o en euros y enviar parte de ellos a sus familias.

6. Gustavo Lins Ribeiro, «Poder, redes e ideologías en el campo del desarrollo» En serie Antropología, Brasilia, 2006, p. 2.

7. Rosa María Alfaro, Otra Brújula. Innovaciones en comunicación y desarrollo, Lima: Calandria, 2006, p. 82.

8. Cfr. Los estudios de Economía y cultura del

Convenio Andrés Bello, de Ernesto Piedras en México y del Observatorio de Industrias Culturales de la Ciudad de Buenos Aires.

9. UNESCO, Institute for statistics. International flows of selected cultural goods and service, 1994-2003, UNESCO-IES, Montreal, 2005.

10. CERLALC, Panorama de la edición en Iberoamérica. El espacio del libro, septiembre de 2006.

11. Gustavo Lins Ribeiro, «Poder, redes e ideologías», Serie Antropología, Brasilia, p. 14.

12. Gustavo Lins Ribeiro, artículo citado, p. 14.